

La transición urgente

Christiana Figueres

Exsecretaria de Naciones Unidas para el Clima

*No dejes apagar el entusiasmo, virtud tan valiosa como necesaria;
trabaja, aspira, tiende siempre hacia la altura.*

Rubén Darío

No se puede alcanzar el éxito sin grandes dosis de optimismo y esperanza. Aún cuando queda una parte importante del camino por recorrer, la transición hacia una economía baja en carbono, como casi todas las victorias esperadas, partió de un fracaso inicial.

Tras el fallido intento de 2009 para alcanzar un acuerdo global que afrontase la crisis climática, se generalizó un sentimiento de frustración. Pero, muchos constatamos entonces que lo imposible no es un hecho, sino una actitud. Era evidente entonces que la transición energética necesitaba pasar de la confrontación a la colaboración; era necesario entender y asumir que los intereses locales no estaban forzosamente en contradicción con las necesidades globales.

Y así, tras seis años de trabajo incansable y sin perder el optimismo y la esperanza en que las personas y los países pueden unirse para mejorar su destino, 195 gobiernos aprobaron el Acuerdo de París. Una decisión que el futuro juzgará como uno de los hitos capitales que propició una renovada historia de éxito de la economía global en el siglo en que vivimos.

LA TECNOLOGÍA YA HA HECHO SU PARTE

En un mundo perfecto, las emisiones globales ya habrían alcanzado su punto máximo. En un mundo semiperfecto iniciaremos el descenso de las emisiones globales este año.

La comunidad científica –como los contables que son del planeta– han concluido que, para saldar la deuda contraída tras décadas de emisiones libres, debemos ajustar el presupuesto global de gases de efecto invernadero al menos a la mitad antes del año 2030, llegando a cero neto para el 2050.

No será fácil; pero, la tecnología ya hecho su parte del trabajo.

Al igual que las leyes de la termodinámica nos permiten predecir los fenómenos físicos, las de la innovación exponencial enunciadas por Gordon Moore o Richard Swanson nos ayudan a entender mejor las transformaciones que ahora estamos viviendo y las que se aproximan.

Entre 2010 y 2017, los costes de los proyectos fotovoltaicos y eólicos disminuyeron de media un 73 por 100 y un 22 por 100 respectivamente (1). Y, en 2020, más de tres cuartas partes de los proyectos de energía eólica terrestre y cuatro quintas partes de los de energía solar fotovoltaica que se pondrán en marcha, producirán una electricidad más barata que cualquier opción de carbón, petróleo o gas natural (2).

Una revolución tecnológica que ha alterado la ecuación económica, porque no solamente hablamos solo de costes sino de beneficios intrínsecos de la actividad. De soluciones que aportan un aire más limpio, más salud, un mejor transporte, ciudades más habitables, mayor seguridad energética, más acceso a la energía para el mundo en desarrollo... En fin, un planeta mejor que el que ahora tenemos.

SIN EXCUSAS

Las oportunidades que ofrece esta transición energética está privando de excusas a quienes durante años no han sabido o no han querido ver el cambio. Avanzar e incluso adelantar el cambio necesario, es hoy tan solo una decisión inteligente, la más inteligente desde todos los puntos de vista, también desde el económico.

La descarbonización representa un cambio estructural en la forma de producir y consumir. Supone una revolución tecnológica transversal a todos los sectores y generará cambios profundos y duraderos como los que trajeron consigo, por ejemplo, la primera revolución industrial o la digitalización de las comunicaciones. La forma y el alcance con que se afronte este cambio por parte de un país tendrá efectos directos en su capacidad de crecimiento económico y de liderazgo a futuro.

El Plan Nacional Integrado de Energía y Clima 2021-2030 del Gobierno de España es un buen ejemplo. Duplicando la penetración de energías renovables en la demanda final de energía para 2030 o apostando por la descarbonización del parque de automóviles, el plan pretende movilizar más de 200.000 millones de euros de inversión. Este gigantesco esfuerzo inversor se llevará a cabo mediante inversiones del sector privado en un volumen superior al 80 por 100; y, se estima que, entre otros beneficios, permitirá la creación de nuevos empleos (entre 253.000 y 348.000 por año a lo largo de la década) y la generación de un ahorro acumulado de más de 67.000 millones de euros en importación de combustibles fósiles.

Más allá de la elocuente magnitud de estos datos, lo verdaderamente relevante serán los cambios sustantivos que esta iniciativa puede traer consigo en términos de innovación, liderazgo tecnológico y desarrollo de nuevos productos. La descarbonización no es incompatible con la actividad económica, sino al contrario: abrirá la puerta a nuevos mercados y servicios en los que las ventajas competitivas tradicionales serán sustituidas por otras nuevas.

En ese escenario España tiene mucho que ganar. Frente a una carencia histórica de recursos energéticos, que ha ocasionado una enorme y constante detracción de renta vía dependencia exterior, ahora es uno de los países bendecidos por la abundancia de los nuevos recursos: sol, viento y agua. Y, las empresas españolas son ya líderes en muchos de los segmentos de esta nueva economía, como es el caso de las energías renovables. Es una oportunidad que no puede dejar escapar.

UN JUEGO DE SUMA POSITIVA

Se escucha a veces decir que la neutralidad en carbono es un lujo que no está al alcance de los países con menos recursos o que en la transición energética los países más vulnerables pierden.

El desafío conlleva dificultades, sin duda, pero la mayor de todas ellas es modificar las bases de las estructuras que soportan modelos de desarrollo económico diseñados bajo el lente de un crecimiento ilimitado basado en recursos naturales casi gratuitos y sociedades con ganadores y perdedores. Sería realmente una lástima que al enfrentarnos al principal reto de este siglo, perdiéramos la oportunidad de crear modelos de prosperidad más inclusivos que se pueden lograr mediante un comportamiento honesto y cooperativo.

El concepto transición justa, no significa transición lenta. Revertir los patrones de emisiones descarbonizando la economía nos ofrece una nueva ocasión en la historia para perfilar la mejor versión de la economía de mercado, incorporando países y grupos de personas a un modelo de desarrollo que no se olvide de las personas de hoy ni del planeta que pertenece a las generaciones futuras.

ENTONCES, ¿QUÉ NOS FALTA?

Disponemos de la evidencia de la urgencia y la ruta es clara. La tecnología nos lo permite y sus posibilidades aumentan todos los días. Los mercados financieros están comenzando a entender la oportunidad y la necesidad de este cambio de paradigma. Los gobiernos avanzan habilitando marcos claros y estables que propician que la transición florezca. Las nuevas generaciones están dispuestas a cambiar su forma de vida y sus costumbres, lo vemos cada viernes en las manifestaciones de *Fridays for Future*.

El optimismo transformador que permitió en el pasado pasar de la confrontación a la colaboración, es el que nos impulsa a decidir sobre el mundo que queremos y a trabajar para conseguirlo, sin ganadores ni perdedores.

El futuro se está diseñando ahora, no nos distraigamos, pasemos a la acción.

NOTAS

(1) IRENA: *Renewable Power Generation Costs in 2017*.

(2) IRENA: *Renewable Power Generation Costs in 2018*.